



Domingo 28 Tiempo ordinario (B): La sabiduría de la vida es sobre todo tener un buen corazón, y nos la da el Señor cuando ponemos nos llenamos de amor a Dios y a los demás en lugar de adorar las riquezas

El libro de la **sabiduría** nos habla de esta ciencia divina, que hemos de estimar más que cualquier otro

bien: "Supliqué y se me concedió un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetros y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza...: la preferí a la salud y a la belleza, me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso... Con ella me llegaron todos los bienes". La sabiduría se hizo hombre... en Jesús: "Gracias, Maestro, por haber venido, por estar en medio de nosotros, hombre entre los hombres, el Hombre entre los hombres, como uno más... Gracias por haber venido y porque yo puedo mirarte y alimentar mi vida en ti" (J. Lecrecq). Ser sabios, Señor, es encontrarte a Ti, y seguirte. Sólo acierta en la vida quien te sigue. ¡Qué bonito tener ganas de ser sabio, de verdad, para salvar a los hombres, para salvar al mundo! Salomón se equivocó al final, pidió luz pero saber sólo no basta, hay que pedir un buen corazón, porque si no el dinero y las cosas pueden ocultar a Dios, es poner a dios en la riqueza, por eso al final de esta vida el que se salva sabe y el que no, no sabe nada, como le preguntan a Jesús en el Evangelio.

En el **Salmo** rezamos: "Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuando? Ten compasión de tus siervos. Por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Danos alegría, por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos desdichas. Que tus siervos vean tu acción, y sus hijos tu gloria. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos". Todo pasa, menos el amor de Cristo. Somos tan importantes que podemos ser el que "habla a Dios", que lo trata de "tú"... ésta es la gran "sabiduría", la fuerza sobrenatural que nos lleva a "contar bien nuestros días, para ocuparlos bien" para que todo tenga fruto...

¿Y qué pasa con nuestros pecados? Pues que nos llevan a estar ocupados, pero no preocupados, que Dios no lo quiere, pues es una sabiduría de paz, no de inquietud, lo que quita la paz no es de Dios, nos han explicado mal las cosas..., o lo hemos entendido mal. Jesús dice: "Yo vine no para los justos, sino para los pecadores". Es normal que fallemos,

le pedimos perdón a Dios y a los demás, y volvemos a luchar con alegría... Para salir del pecado, como para cualquier obra buena, no lo podemos hacer sólo con nuestras fuerzas: Dios y yo... La gracia y mi esfuerzo, Jesús y yo.

A veces somos como las olas, la vida es un perpetuo movimiento como las entrañas del mar, no sabemos qué nos pasa pero el humor cambia, y esos vaivenes por sentir el tiempo, un partido de fútbol perdido o que no nos



pasan el balón, que nos desprecia un amigo o que otro no nos comprende, que nuestros padres tienen un problema... que me cuesta estudiar... y me siento solo, la sabiduría es saberme mirado por el Señor, que está conmigo, como una constelación sosegada sobre las olas. Él estaba ahí, durante aquel problema, y de aquello sacará una cosa buena... por caminos que solo él conoce. Es él el que nos anima en

el fondo de nuestros pensamientos como testigo, el que nos habla en el fondo de nuestros sueños como confidente; el que nos hace entender desde el fondo de los recuerdos, ya casi olvidados... es el encanto de un antiquísimo compañero con quien compartimos los peligros y las alegrías, para vivir sin miedo, como decía la canción de Rosana: "Sin miedo sientes que la suerte está contigo, jugando con los duendes abrigándote el camino, haciendo a cada paso lo mejor de lo vivido... mejor vivir sin miedo." Es levantarse por la mañana y abrir los ojos a este mundo mágico que no se ve, del amor y la amistad, y ver esas tres gaviotas que vuelan en el cielo y que en su dibujo forman los ojos y la sonrisa de Dios. "Sin miedo, lo malo se nos va volviendo bueno, las calles se confunden con el cielo. Y nos hacemos aves, sobrevolando el suelo, así... Sin miedo, si quieres las estrellas vuelco el cielo. No hay sueños imposibles ni tan lejos. Si somos como niños... Sin miedo a la locura, sin miedo a sonreír... Sin miedo, las olas se acarician con el fuego, si alzamos bien las yemas de los dedos, podemos de puntillas tocar el universo, sí... Sin miedo, las manos se nos llenan de deseos... Que no son imposibles ni están lejos. Si somos como niños. Sin miedo a la locura, sin miedo a sonreír".

La carta a los **Hebreos** nos cuenta que la palabra de Dios es penetrante y llega a lo más profundo del hombre, ante Él "todo está descubierto", pero no como un ojo vigilante para espiarnos, como el "Gran Hermano", sino como la madre que nos cuida para darnos lo mejor. Es una cámara que se nos mete dentro para ayudarnos, "viva y eficaz, más tajante que espada

de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. No hay criatura que escape a su mirada. Todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas". Deja desnuda nuestra alma y todos los secretos de nuestra vida. Debo ponerme cada día frente a la Palabra de Dios como frente al espejo de la verdad, para crecer por dentro como hijo de Dios. Éste sí que es el Espejo mágico pero de los buenos, el examen de conciencia.



El **Evangelio** nos habla de que para ser felices hay que cumplir las normas, pero mucho más importante es ser bueno, ser como Jesús, hacer las cosas por amor, seguirle en el camino de la vida. Y a cada uno pide algo, pero siempre que no seamos egoístas, que no adoremos el dinero. El joven plantea la cuestión de la salvación, la única cuestión importante: "¿qué hay que hacer para salvarse?" Recuerdo un joven que me preguntaba: "¿me salvaré?", lo hacía con prisa, como el de hoy: "cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.» Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.» Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme.» A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios!» Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Claro, no es de extrañar que una niña preguntara en Misa con miedo: "mamá, ¿nosotros somos ricos?" Y luego: "porque los ricos también tiene derecho a ir al cielo, ¿no?" Curioso, en muchos otros ambientes o momentos de la vida, la pregunta sería al revés: "mamá, nosotros somos ricos, ¿verdad?" Esperando serlo para pavonearse, pero la niña quería ser como Jesús nos pide... y Jesús habla de una riqueza que es egoísmo, de no compartir, porque hay algunos que son tan pobres en su alma que sólo tienen dinero, y por eso son ricos solo en eso... y añadió: «Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que ponen su

confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.»

Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?» Jesús se les quedó mirando. y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.» Tanto puede ser que Jesús se refiera a dar el salto a la puerta del cielo, que sólo Dios puede achucharnos (¿os imagináis un camello pasando por el ojo de una aguja?), como que la puerta de las ciudades era doble, la grande para caravanas y camellos y que había que avisar al encargado para abrirla, y la pequeña para personas, que estaba abierta durante el día, llamada "aguja". Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.» Jesús dijo: «Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones-, y en la edad futura, vida eterna.» Jesús hace una familia, la Iglesia, y pide a algunos que le sigan como sacerdotes, y esta semana preparamos el DOMUND, el domingo de las misiones que es el que viene, para rezar porque el Evangelio llegue a todo el mundo: a todos nos pide "Sígueme". Creer y salvarse es, a fin de cuentas, unirse a la persona de Jesús, cada uno según su camino. Y no hay un tren solo, porque este que se va triste, luego puede volver, hay un tren cada día, Jesús vuelve por nosotros... «En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo» (San Josemaría). Él no deja de llamarnos para emprender el camino de la santidad siguiendo sus pasos. Ahora, también Jesús vive y llama. Es el mismo que recorría los caminos de Palestina. No dejemos pasar las oportunidades que nos brinda.

llucia.pou@gmail.com

